

Mientras nacía en Granada la niña destinada á ser un día emperatriz, Luis Napoleón, que había salido de la universidad de Augsburgo, continuaba sus estudios en Suiza. Cursó las asignaturas de artillería y de ingenieros en el cantón de Berna, bajo la dirección del coronel (después general) Dufour, antiguo oficial del ejército de Napoleón. Durante las grandes maniobras, el joven príncipe andaba á pie de diez á doce leguas diarias, con el morral á la espalda, y dormía en la tienda de campaña al pie de los glaciares.

A principios de 1820, Luis Napoleón quiso alistarse en el ejército ruso para guerrear con los turcos. El 19 de enero escribió á su padre esta carta, publicada por primera vez por M. Fernando Giraudeau en su obra *Napoleón III íntimo*: «Querido papá: He adoptado un gran partido que espero no desaprobáis; es muy hermoso y muy noble. Permitidme que os lo diga á vos á quien amo con todo mi corazón, y que ante todo os pida vuestro permiso. Deseo, más de lo que podéis figuraros, pelear contra los turcos en la primavera próxima, alistándome como voluntario en el ejército ruso. Mamá, á quien he hablado de ello, ha vacilado mucho; pero conociendo cuán útil podía serme, me ha dado su pleno consentimiento. Según lo que mamá ha podido juzgar de sus relaciones con el emperador, éste debe estar dispuesto en mi favor, y sin duda me admitirá en su Estado mayor. Mamá elegirá un antiguo militar para que me acompañe. En fin, creó que haré algo digno de vos. Si consentís, todo irá á pedir de boca, y mamá se encargará de dar los pasos necesarios relativamente al emperador. ¡Ah! Querido papá, pensad que aún no tenáis mi edad y ya os habéis cubierto de gloria. Al hacer esta campaña como voluntario (lo cual no me compromete á nada), tendré la ventaja de instruirme perfectamente, de mostrar al mundo el valor que de vos he recibido y de granjearme así el interés general. Mi tía, la gran duquesa de Baden, á la que he hablado de este asunto hace algunos meses, me había aconsejado que os pidiera el permiso, diciendo que era una acción muy digna de un hijo vuestro. En fin, querido papá, os ruego que me contestéis lo más pronto posible. Pensad que hasta tal punto deseo hacer esta campaña, que si no me dais vuestro consentimiento y vuestra bendición antes de partir me moriré de pena. Adiós, querido papá; de nuevo os suplico por lo que más queráis en el mundo que me permitáis hacerme digno de vuestro nombre.»



Luis XVIII, restablecido en el trono de Francia después de la caída de Napoleón I.

Copia del cuadro original pintado en 1815 por A. J. Gros

El rey Luis contestó:

«Demasiado me figuraba que las grandes victorias de los rusos sobre los bárbaros musulmanes despertarían tu ardor bélico. Pero tienes tan buena imaginación y tan excelentes cualidades, que una ligera reflexión te calmará enteramente..... La guerra, excepción hecha del caso de legítima defensa, es decir, si no se hace por la salvación de la patria y en defensa de los propios hogares, no es más que una barbarie, una ferocidad que no se distingue de la de los salvajes y las fieras sino porque para conseguir su objeto se emplea más arte, más falsedad y más futilidad..... Y con esto ya he dicho bastante. De todo esto sólo diré en conclusión lo que te he repetido muchas veces: *Nadie debe pelear sino por su patria.*»

Luis Napoleón, apesadumbrado, se sometió á la voluntad de su padre, y el 3 de marzo de 1830 le escribió una carta que terminaba así:

«Adiós, querido papá, creed en mi cariño sincero; al renunciar á mi proyecto os he dado una verdadera prueba de él; porque si no os hubiera querido tanto, no habría podido resistir al deseo de realizarlo, aun contra vuestra voluntad.»

El 21 de abril le escribía: «Hoy cumpla veintiún años: he llegado á la mayor edad; pero en esto no veo sino una razón más para obedeceros siempre y hacerme digno de vos, siguiendo vuestros consejos. De ningún modo puedo emplear este día que escribiendo á mi querido padre para reiterarle mi sincera adhesión y mi tierno agradecimiento.»

Sin embargo, el joven príncipe, ávido de acción y acosado por la ambición ardiente de distinguirse de un modo ú otro, tascaba el freno, y aguardaba con impaciencia febril la ocasión de ponerse en evidencia. En el mes de julio creyó que se había presentado esta ocasión.

La revolución de 1830 fué el desquite de la bandera tricolor contra la bandera blanca y el resultado de la alianza pactada durante toda la Restauración entre republicanos é imperialistas. Tuvo por origen lo que podría llamarse la política de las canciones de Beranger.

En un curioso opúsculo titulado *Napoleón I después de su muerte*, M. Ernesto Legouvé ha escrito «*Requiescat in pace,*» frase que no se aplica á todos los muertos, pues los hay más activos que los vivos. Pocos hombres de Estado colocados á la cabeza de nuestro gobierno de sesenta años á esta parte han intervenido más en nuestros asuntos, cuando estaban en este mundo, que Napoleón desde que no existe..... Esta sombra volvió á la vida activa; este muerto se convirtió en jefe de partido. Los liberales lo alistaron en sus filas. En realidad no hay nada más absurdo que esta amalgama de bonapartismo y de liberalismo. Pero las masas no son tan miradas ni los jóvenes tampoco; cuando teníamos de diez y ocho á veinte años todos éramos á la vez furibundos bonapartistas y liberales acérrimos. En cuanto á los jefes políticos, su entusiasmo era hijo del cálculo; la alianza con Napoleón les deparaba dos auxiliares poderosos: el pueblo y



CHARLES DIX,
Roi de France et de Navarre
Né à Versailles le 9 Octobre 1757 Sacré à Reims le 29 Mai 1825.

Carlos X, rey de Francia, sucesor de su hermano Luis XVIII.

Grabado de Garnier, copia de un cuadro de F. Gérard

el ejército. Hicieron, pues, de su nombre un arma de guerra contra los Borbones, en términos que cuando las ordenanzas de julio precipitaron toda la población de París á atacar la monarquía, pudo decirse que á la cabeza de los agresores iba el cautivo de Santa Elena; Napoleón es uno de los combatientes de Julio.

Los veteranos del Imperio, instructores de los reclutas del motín durante los tres días, dispararon contra sus antiguos compañeros de armas que figuraban en gran número en las filas de la guardia real. Los hombres que iban á fundar sin saberlo el trono de Luis Felipe, creían combatir por el rey de Roma.

Víctor Hugo escribió una composición en verso, que es una especie de cantata napoleónica de las más encomiásticas. Si la leyenda de la época del Imperio apasionaba tanto á los hombres que personalmente no tenían ningún interés en propalarla, fácilmente se comprenderá qué efecto debía producir en el alma ardorosa de unos jóvenes que eran sobrinos del emperador y que llevaban su nombre. La revolución de julio, hecha en nombre de la bandera tricolor, llenó de júbilo y de entusiasmo á los dos hijos de Luis Bonaparte. «Al estallar esta revolución, ha escrito su madre, estaba mi hijo mayor en Toscana, dedicado á los inventos industriales que, á falta de otra cosa, le han ocupado desde su casamiento, y el menor en Suiza, en la escuela militar de Thun, donde continuaba sus estudios. Ambos parecieron renacer al recibir la noticia de los acontecimientos de París. Aunque separados, sus impresiones fueron las mismas: gran sentimiento por no haber podido combatir con los parisienses, entusiasmo por su heroica conducta y legítima esperanza de servir á esta hermosa Francia á la que tanto querían. Me decían: «¡Por fin es libre! El destierro ha concluído; la patria está abierta; de un modo ú otro la serviremos.» Esto es lo que decían y repetían en todas sus cartas. Yo estaba muy lejos de participar de sus esperanzas.»

La reina Hortensia recibió muchas cartas en aquella época. Las unas decían: «Venid, por fin estamos libres y os volveremos á ver.» Las otras: «Hemos combatido pensando en vuestra causa.» Su hijo Luis Napoleón la escribía: «¡La bandera tricolor ondea en Francia! ¡Qué afortunados han sido los primeros que han podido devolverle su antiguo esplendor!» Y el 14: «Confío en que después de estos sucesos se nos permitirá disfrutar de los derechos de ciudadanos franceses. ¡Cuánta será mi satisfacción al ver soldados con la escarapela tricolor!»

Hortensia tenía más experiencia que sus hijos, cuyas ilusiones le causaban pesadumbre. Los combatientes de Julio no debían aprovecharse de la revolución: el *sic vos non vobis* tuvo entonces su aplicación.

En el momento mismo en que Napoleón parecía ser en París objeto de un entusiasmo universal, y en que su memoria tenía no solamente fanáticos, sino devotos, su familia continuaba proscrita en virtud del artículo 4.º de la ley de 12 de enero de 1816, que decía así: «Los ascendientes y descendientes de Napoleón Bonaparte, sus tíos y tías, sus sobrinos y sobrinas, sus hermanos, sus mujeres y sus descendientes, quedan excluídos del reino perpetuamente y están obligados á salir de él en el término de un mes bajo la pena marcada en el ar-

tículo 9.º del Código penal.» Esta misma ley de 12 de enero de 1816 había proscrito también á cierta clase de regicidas. El artículo 7.º decía lo siguiente: «Los regicidas que, con menosprecio de una clemencia casi sin límites, han votado en pro del acta adicional ó aceptado funciones ó empleos del usurpador, y que por tanto se han declarado enemigos irreconciliables de Francia y



Víctor Hugo en 1830. — Copia de una litografía de Delpech, según el dibujo original de Mauri

del gobierno legítimo, quedan expulsados perpetuamente del reino; no pueden disfrutar en él ningún derecho civil ni poseer bienes, títulos ni pensiones que se les hayan concedido á título gratuito.»

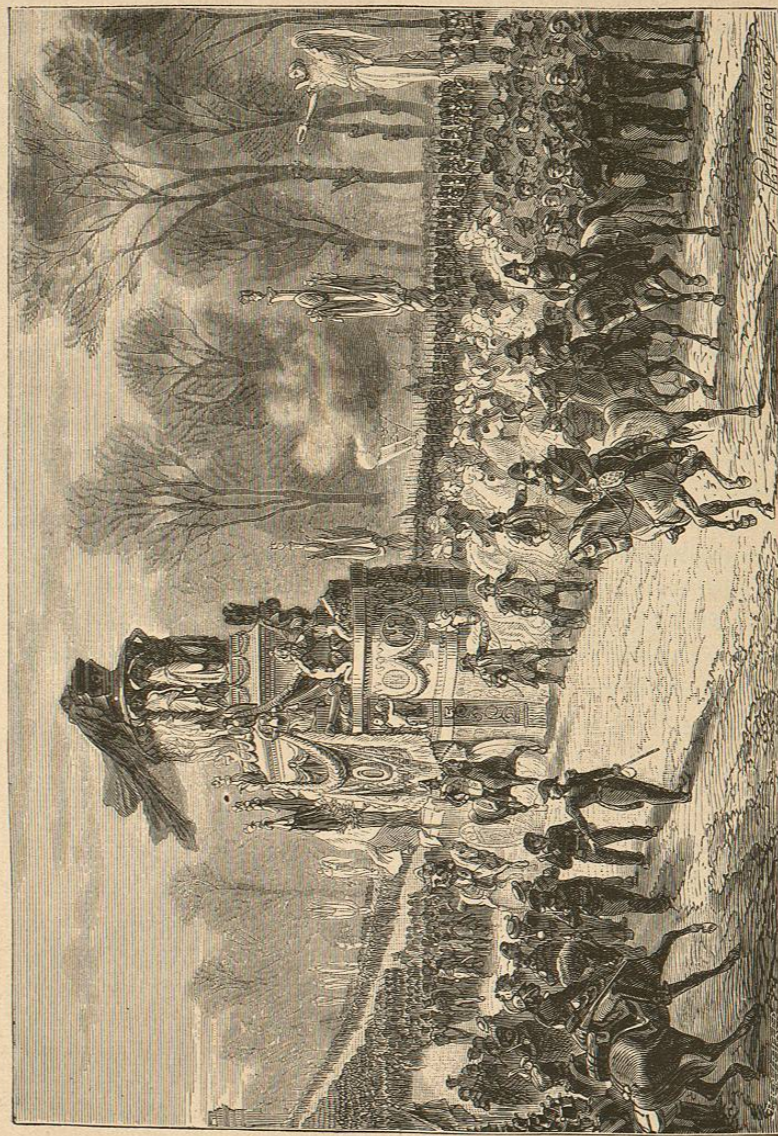
El 2 de septiembre de 1830, la Cámara de diputados se ocupó de esta ley: hizo cesar la proscripción de los regicidas, pero la mantuvo para todos los individuos de la familia Bonaparte. El artículo 7.º, el que desterraba á los regicidas, fué derogado, y el 4.º, el que proscribía á los Bonaparte, objeto de una estipulación concebida en los términos siguientes: «No se derogan las disposiciones contenidas en el artículo 4.º de la ley precitada.» Ni una sola voz se elevó para defender á la familia de los Napoleón; ni siquiera se pronunció el nombre del emperador.

Aún no se había promulgado ninguna ley de proscripción contra Carlos X y

su familia. (Los Borbones de la rama mayor no fueron proscritos sino por ley de 10 de abril de 1832.) En 1830, los únicos desterrados eran los Bonaparte; y ¿por qué se los condenaba al ostracismo? ¿Porque eran parientes de aquel Napoleón á quien Francia tenía por un semidiós? Todos sus mariscales, todos sus generales se veían abrumados de honores, ¡y sus parientes estaban proscritos! Semejante anomalía hirió vivamente á la reina Hortensia; pero no formuló ninguna queja pública, y únicamente en sus cartas confidenciales exhaló toda su tristeza: «Acabo de leer, escribía, una ley que me asombra tanto cuanto me affige. En este momento de entusiasmo y de libertad, ¿no debería abrir Francia sus brazos á todos sus hijos, á los que hace quince años compartían con ella tanta humillación y sufrimiento? En lugar de esto se renueva para una sola familia un acta de proscripción. ¿Qué crímenes ha cometido? ¿No la había expulsado el extranjero? ¿No es Francia á la que había servido? Temer á esta familia es dispensarle un honor que rechaza. Su jefe ya no existe. Si ha dado una grandeza y una gloria que se han aceptado, ¿debe rechazarse todo cuanto le ha pertenecido en lugar de pagar una deuda sagrada ejecutando el tratado hecho por él en favor de su familia?» Al hablar de los parientes de Napoleón, Hortensia añadía: «Helos todavía ahí, con sus desgracias, sin protección y expuestos á todos los vejámenes de que los abruma los gobiernos. ¿Qué puedo decir á mis hijos yo que no procuro otra cosa sino moderar su juventud, conservar en ellos el amor de la patria y de la justicia? No puedo hacer otra cosa sino enseñarles que los hombres son ingratos y egoístas, pero que se les debe amar, y que es más grato tener que perdonarlos que hacerles padecer.

»Adiós: habéis deseado recibir noticias mías; estáis viendo que la impresión del momento es penosa. No esperaba ir á París; antes al contrario, me preparaba para hacer un viaje á Italia; pero en vista de esa ley que nos expulsa para siempre de esa Francia á la que tanto se quiere, y donde esperaba ir á morir, se han renovado todos mis dolores. Esta proscripción dictada en tiempos adversos era triste sin duda; pero la habían dictado los enemigos. Renovada por los que se tenía por amigos, causa una profunda herida en el corazón.»

La ex reina de Holanda se expresaba así en otra carta: «Esa ley severa me ha affigido más que á nadie; pero he debido resignarme porque, francesa ante todo, no podía suponer en mis queridos compatriotas, libres por fin, una ingratitud que no cuadra con su carácter. He comprendido que deben haber mediado graves razones para terneros alejados todavía. Dícese que nuestro destierro parece indispensable para el bienestar de la patria, para su tranquilidad presente; pero esto debe ser transitorio, y ¿cómo no aceptarlo cuando la gloria de Francia ha sido siempre nuestro principal interés? Os aconsejo, pues, señor, que en vuestros cantos presentéis dichosa y libre á esta Francia regenerada, pero sin añadir una queja en lo que á nosotros se refiere. La entristeceríais, y vuestros versos están demasiado bien escritos, á juzgar por los que recibo, para dejar de causar un efecto que no estaría en armonía con nuestra resignación.»



Conducción de las cenizas de Napoleón I al hotel de los Inválidos

A pesar de esto, la reina Hortensia, y sobre todo sus hijos, estaban profundamente apesadumbrados.

En el mes de octubre, la Cámara de diputados examinó muchas peticiones que se le dirigieron para que interviniese en el traslado de las cenizas de Napoleón al pie de la columna de Vendome. Aprobado este traslado, el príncipe de Joinville pasó á la isla de Santa Elena con dos buques de guerra y trasladó á Francia el cadáver casi intacto del emperador, á bordo de la fragata la *Belle-Poule*. El féretro fué desembarcado en Courbevoie el 14 de diciembre y depositado en un enorme y magnífico carro fúnebre que era todo un monumento de cincuenta pies de altura, tirado por diez y seis caballos soberbiamente caparazonados. En este carro hizo su entrada en París por el Arco de Triunfo de la Estrella á los estampidos de las salvas de artillería y entre las delirantes aclamaciones de una muchedumbre inmensa que había acudido de muchas leguas á la redonda á presenciar la ceremonia. El cadáver de Napoleón fué depositado en la iglesia de los Inválidos. Por entonces Víctor Hugo escribía su oda á la Columna: el eco de sus ditirambos apasionados llegó á oídos de los hijos de la reina Hortensia y los estremeció en el fondo de su destierro. Fanatizados por su culto á la memoria de su tío, exaltados por la lectura de *Victorias y Conquistas*, por el *Memorial de Santa Elena* y por todas las narraciones de la época imperial, ávidos de acción y de emociones, se creían nacidos para emprender arriesgadas aventuras, para la guerra, para la gloria, para la emancipación de las naciones civilizadas; se dejaban arrastrar del ardor de su juventud y de la ambición de figurar. Desesperando de poder presentarse todavía en Francia, iban á probar de hacer algo en Italia.

VIII

EL MOVIMIENTO ITALIANO

El movimiento italiano de 1831 tuvo por origen la revolución francesa de 1830. Un soplo de liberalismo agitaba los ánimos á uno y otro lado de los Alpes, y las nacionalidades, oprimidas por los tratados de 1815, aspiraban á libertarse. Los dos hijos de Luis Bonaparte consideraron la Italia como un campo maravilloso abierto á su actividad; iban á meterse en él de cabeza, á correr aventuras que se avenían con su imaginación ardiente y novelesca.

Fernando Giraudeau lo ha hecho notar así. «Para comprender tan temeraria empresa, semejante arranque de entusiasmo irreflexivo, es menester trasladarse á aquella época tan diferente de la nuestra. ¡Ah, sí! Gambetta tenía razón en decir: «Los tiempos heroicos han pasado.» Pero en 1830 todavía eran los hermosos días de estos tiempos. Entonces los jóvenes, menos razonables, menos prácticos que hoy, se apasionaban por las naciones más ó menos oprimidas; éstos por la Grecia, adonde habían acudido muchos franceses, adonde había ido á morir Pablo Bonaparte, segundo hijo de Luciano; aquéllos por Polonia; otros, en fin, por Italia, donde muchos de nuestros compatriotas habían arriesgado su vida.» Los dos hijos del ex rey de Holanda se consideraban italianos casi tanto como franceses. ¿Acazo no era su familia de origen italiano y su tío no había sido á la vez emperador de los franceses y rey de Italia?

Lo que los dos príncipes deseaban no era la supresión del poder pontificio, sino su transformación en un régimen liberal análogo al que Pío IX debía ensayar algunos años después. Su objetivo era un papado reformador y antiaustriaco que se pusiera á la cabeza de las ideas de emancipación. Tal era también el ideal de la reina Hortensia, que escribía en 1831: «Si el Papa fuera capaz de hacer concesiones convenientes, mañana sería jefe de toda Italia. Quizás dictara aún leyes á Europa y devolviera á la religión, aliada á la libertad, el esplendor que tuvo en otro tiempo.»

Por otra parte, debe recordarse que el partido revolucionario no era el único que consideraba necesarias las reformas en los Estados pontificios, sino que Luis Felipe y su gobierno eran también de este parecer. Las instrucciones que el 6 de marzo de 1831 dirigió el general Sebastiani, ministro de Negocios extranjeros, al conde de Sainte-Aulaire, embajador de Francia en Roma, contenían el párrafo siguiente: «Por espacio de cerca de veinte años, las Legaciones, sustraídas á la au-